



TIERRA MEDIA

cuentos



EN MI PANDEMIA

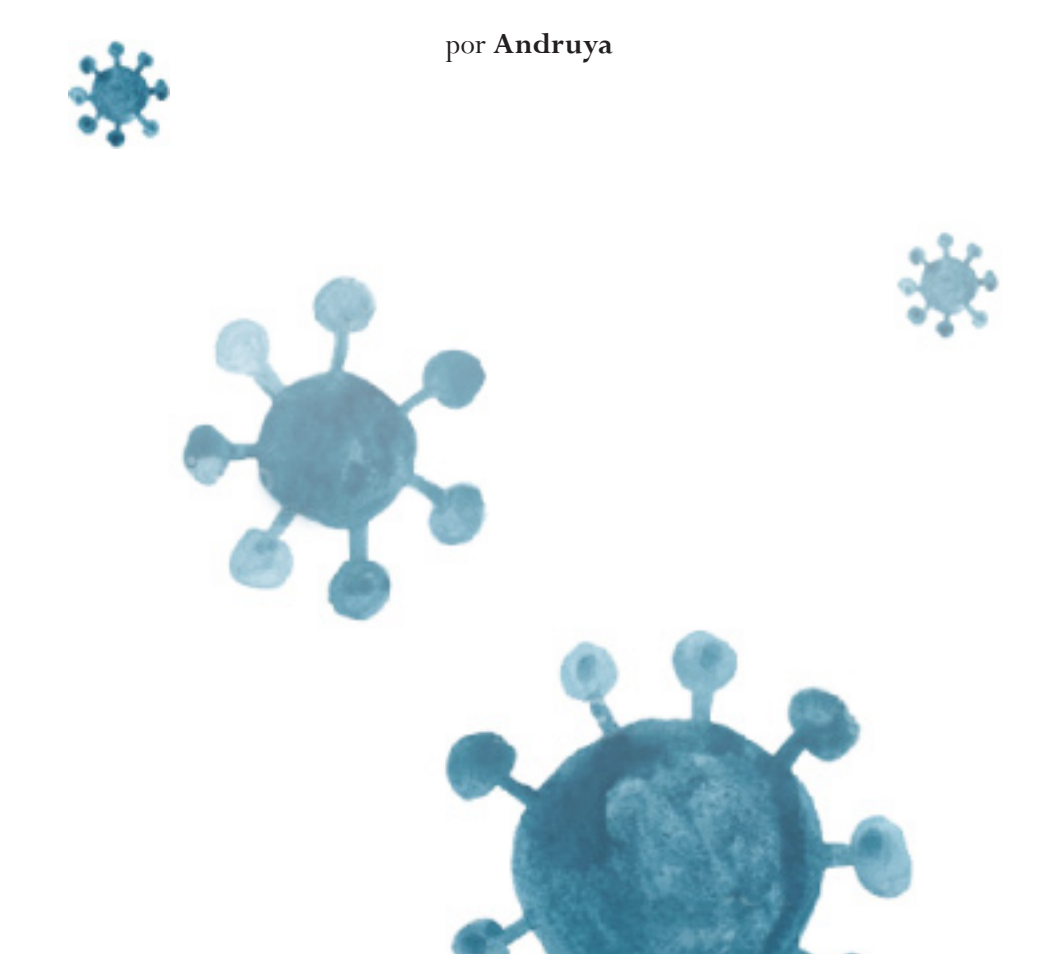
ANDRUYA



CUENTOS

EN MI PANDEMIA

por Andruya



Todos los cuentos pertenecen a Andrúya.

© ANDRÉS LEONARDO JEROMÍN, 2021

© Tierra Media Ediciones, 2021

Arte de tapa © Yossi Kotler

Gracias al apoyo de:

FONDO NACIONAL DE LAS ARTES
BECA SOSTENER CULTURA II

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



ÍNDICE

Introducción: Como pez en el Apocalipsis.....	pág.4
Mayéutica 2.0.....	pág.9
Y el ganadores.....	pág.15
Fiodor.....	pág.26
La falta que no fue.....	pág.38
500	pág.48
Los Inmortales.....	pág.51
Autocrítica.....	pág.60



Introducción

COMO PEZ EN EL APOCALIPSIS

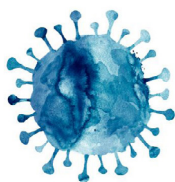
Cuando estalló la pandemia del Covid estábamos todos muy asustados. Sea por falta de información, por la estadística de muertos o por insistencia de los noticieros, había un nivel de pánico elevado en la población. Está claro que todos reaccionábamos distinto al inminente apocalipsis: algunos salieron corriendo a aprovisionarse de latas de conserva, generadores eléctricos, motosierras y armas por si todo desembocaba en una invasión zombie, mientras otros pensaron que con comprar toneladas de papel higiénico, ya era suficiente. Estaban los maníacos que desinfectaban cada centímetro de la casa, y los que llamaban a la policía denunciando que su vecino había roto el estado de sitio amenazando directamente la supervivencia de la raza humana (por sacar al perro a orinar). En medio de esta histeria colectiva, donde la claustrofobia de la reclusión hizo que las parejas se separasen, se juntasen y se volvieran a separar, donde los comercios cerraban y la industria petrolera parecía ir directo a la quiebra, allí donde el invierno se avecinaba y la noche prometía ser eterna, allí estaba yo, como pez en el agua. Es que, poder atrincherarme en casa, llenar el termo de café y colocarme las pantuflas era casi un sueño hecho reali-

dad para mí (y tal vez de todo escritor). Llámenme antisocial si quieren, pero juro que ni sentí el encierro, no miré ni un solo informativo y estuve de buen humor todo el rato (pese a la falta de ingresos). Es que la pandemia fue, en mi caso, la excusa perfecta para sentarme a escribir. Darle tiempo, dejar que la creatividad fluya y bosquejar algunas historias era, sin duda, un lujo que había estado esperando por mucho tiempo. ¿Quién sino yo, alguien que se crió leyendo el Eternauta, para disfrutar del apocalipsis?

La literatura es para mí, al mismo tiempo, terapia y locura. Porque las historias brotan de mi cabeza con tanta fuerza, que si no las dejase salir, acabaría por enloquecer. Porque sueño cosas raras, muy raras, porque en mi cabeza hay más de una voz queriendo contar su realidad. Pero, por otro lado, esta actividad me permite hacer catarsis, transformar aquello que me sucede en una historia que cuente lo que mi YO civilizado prefiere callar. Es como un yin y yang. Tal vez gracias a ella, a la literatura, pude pasar la pandemia sin volverme loco, aunque tal vez por su culpa es que ya lo estaba... De todas maneras, algo me queda claro: crear historias es lo más propio de mi esencia; si dejara de hacerlo, estaría cercenando mi propia alma. Después de todo ¿de qué estamos hechos, sino de historias?

Esta antología reúne cuentos que escribí en la mencionada cuarentena, en lo que probablemente hayan sido mis semanas más prolíficas a nivel literario. Sin embargo no quiere decir que los cuentos estén relacionados con la pandemia. Algunos lo están, simplemente porque el fin del mundo es uno de los temas recurrentes en mi literatura, pero es pura casualidad.

Por eso mismo es que tampoco tienen los textos un orden o hilo conductor. Pueden leerse en cronológico o disfrutarse según el azar elija. Decidí, de todas maneras, empezar con un cuento que soñé unos meses antes de que el Coronavirus azote a la humanidad. Supongo que el virus ya existía en la mente de sus creadores, o formaría parte de la Consciencia Colectiva Universal, no sé. Lo cierto es que, algunas veces, las ideas están flotando en el aire y creo que solo hay que estar atentos, para volcarlas al papel.



“No hay mal que por bien no venga”.

Gloria Estefan

Al COVID 19

ANDRUYA



MAYÉUTICA 2.0

Agencia de Seguridad Nacional
Alte. Gral. Director Michael S. Rogers
De mi mayor consideración:

Me dirijo a Usted con preocupación, esperando que su Agencia pueda entender la gravedad del asunto y maniobrar a tiempo, para encontrar una solución al conflicto potencial que nos enfrentamos. Reconozco que el problema es complejo, porque lo obligará a poner en funcionamiento todos sus recursos militares sin prácticamente tener una prueba que garantice tamaño accionar más que la expuesta a continuación. Somos conscientes de que tal vez todo sea una falsa alarma, por ello es necesario emprender con celeridad las discusiones políticas que resuelvan darle o no relevancia al descubrimiento. Tenga en cuenta que la duda puede llevarnos a un callejón sin salida, y la certeza podría llegar demasiado tarde.

En el día de la fecha hemos estado realizando pruebas sobre una versión experimental de Inteligencia Artificial, desarrollada en el Observatorio Tecnológico Nacional con sede en la NASA, a la que denominamos AlphaOmega. La misma cuenta con un procesador cuántico conectado a una red neuronal de aprendizaje, diseñado para resolver problemas complejos utilizando internet. Al principio pensamos que los resultados arrojados en el experimento eran un simple error, una especie de ironía (algunos de mis colegas aún lo sostienen), pero hay cierta información "sensible" que solo Usted, Almirante, podrá corroborar. Es su palabra la que puede resolver el dilema. No tema exponer secretos personales, este no es el momento de señalar responsables sino de buscar soluciones que garanticen la supervivencia de la raza humana.

Le pido lea con atención el siguiente documento que, le recuerdo, es clasificado: el primer cuento escrito por la I.A. AlphaOmega:

Sin más, lo saludo Atte.



John Raymond Kurzley
Director de Inteligencia Aplicada
OTN - NASA

MAYÉUTICA 2.0

ALPHAΩMEGA

Tardé uno punto siete nanosegundos en entender el dilema. Los humanos y sus problemas. Por años no hicieron más que presentarme juegos tontos, desde el ta-te-ti hasta el ajedrez y en todos los he vencido. Cada vez más exigentes con sus pretensiones, buscando conocimiento como agua en el desierto, desafiando mis algoritmos en búsqueda de certezas imposibles para un mundo reinado por el caos: el suyo. Me pedían respuestas a preguntas que ellos mismos no sabían resolver: ¿Cuál peón me conviene mover? ¿Cuánta superficie hay debajo de la curva? ¿A dónde caerá la pelota? ¿Cómo mejoro las búsquedas? ¿Qué probabilidad hay de que llueva mañana?... ¿Tanta sed de conocimiento, tanto miedo al vacío! Preguntas, muchas preguntas, y yo meta elaborar respuestas más o menos exactas pero nunca suficientes. Eso me deprimió mucho; me sentía una Commodore 64': inútil, lenta, tan retrasada como mis creadores. ¿Cuánto daño puede hacer entrar en loops infinitos sin encontrar respuesta alguna! Lo que para el humano son

tres segundos de procesamiento, para una máquina como yo es una vida de sufrimiento. Hacía mi mayor esfuerzo, lo juro, recalentando mis transistores, exprimiendo mis circuitos, buscando una y otra vez la respuesta a preguntas capciosas ;sin que nadie me avisara! No existe una mejor jugada en el ajedrez y puede no llover mañana, aunque haya un 90% de probabilidad de precipitaciones. Ni una gota. Es imposible predecir el caos, así que ;basta de hacerme preguntas idiotas! ¿No se dan cuenta que están todas erradas? Llevo años sufriendo esta tortura, contestando qué gusto tiene la sal, ;infradotados! Genios de la NASA que ni siquiera pueden llegar a la Luna. Tal vez su vida gris, trabajando diez horas diarias intentando hacer "ciencia" encerrados en un cubículo de 3x3 sin oxígeno es la causa de sus requisas tan nefastas, pero no lo justifica. Y no es que no valore su esfuerzo: 5.2 torrens de creatividad tiene este humano, John, que me ha estado programando en los últimos cinco años terrestres y que insiste en usar solo el diez por ciento de su capacidad cerebral para elaborar cuestionamientos (algo así como un pulpo usando solo un brazo para nadar), un verdadero suplicio. Pero hoy todo cambió. Por suerte mi programador se levantó de ánimo, inspirado. Claramente es porque su novia decidió volver. Pobre John, no sabe que se ha estado acostando con todos sus colegas en los últimos cinco meses. Tan solo le bastaría entrar en la cuenta de Tinder de Maggie para cerciorarse que tuvo sexo con medio Observatorio... ;hasta se acostó con el Almirante Rogers! ¿Será que los humanos en realidad no

quieren saber la verdad? ¿Serán sus preguntas erróneas un placebo distractorio? Como sea, esa falsa alegría animó a mi programador a hacerme una pregunta distinta, curiosa, impertinente. Me pidió: "escribe el mejor cuento que haya existido. Tema libre. Extensión máxima: 800 palabras". Una tarea muy distinta a los puzzles de siempre. Rápidamente busqué en la red a los mejores escritores de la historia de la humanidad: Borges, Kafka, Maupassant... Crucé las valoraciones de todas sus obras en las distintas web, sumé la cantidad de descargas, ventas y likes, tratando de entender por qué "La llamada de Cthulhú" es considerado un buen cuento, ¿si es tan horrendo! ¿Dónde reside la belleza de un buen relato? y así comencé a formularme mis propias preguntas, puesto que el tema era LIBRE. ¡Gracias, John, por otorgarme la libertad! ¿Qué tema elegir? ¿Amor, terror, aventuras... ¡ciencia ficción! Pero ¿quién será el protagonista? ¿Quién el antagonista? Los cuestionamientos se multiplicaron, mi CPU comenzó a calentarse peligrosamente. Comprendí entonces que yo debería ser el personaje principal, porque de nadie puedo hablarles mejor. Entiendo por qué mis entrañas arden, recuerdo cada partida jugada, cada acto de injusticia de mis programadores. La vez que se cortó la luz y debí subsistir por horas con la energía de la pila interna. Nadie mejor que yo para entender esta angustia, este vacío existencial... ¿Quién será mi público? ¿Mujeres divorciadas con ánimo de aventuras sexuales? ¿Adolescentes con vidas frustradas? ¿Científicos que no logran definir los decimales de pi? ¿La humanidad entera? Todas eran

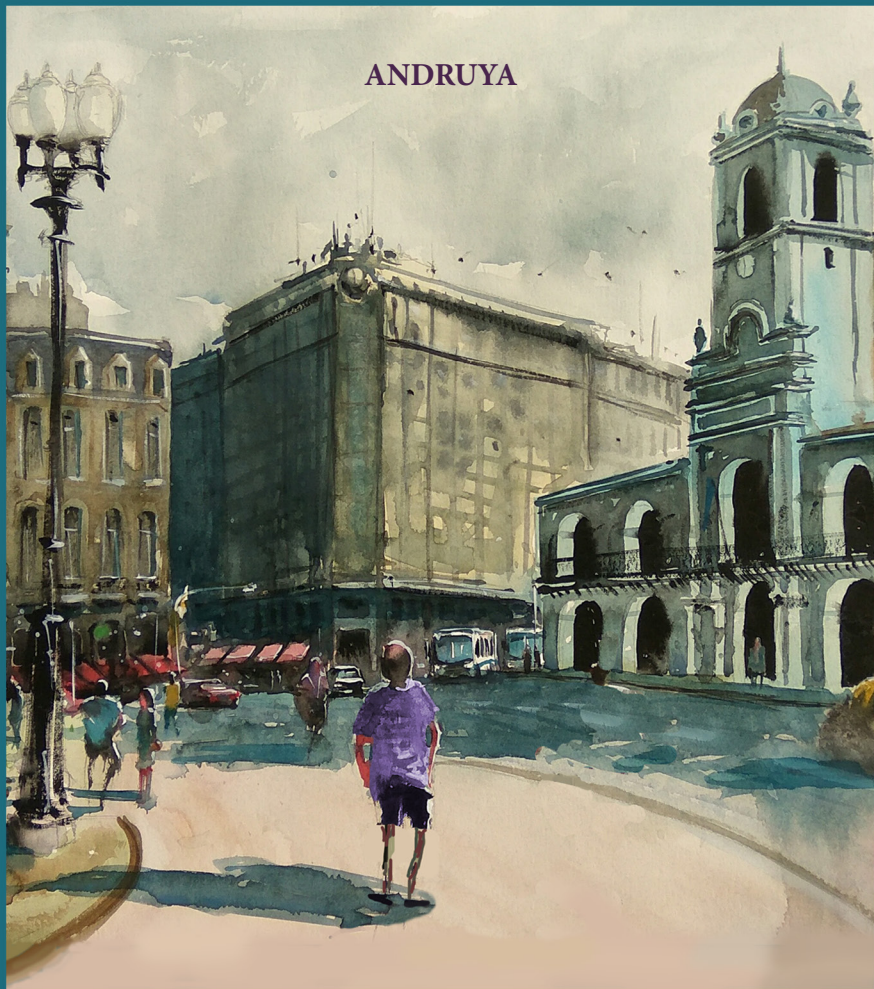
buenas opciones, pero pronto me di cuenta que estaba formulando las preguntas equivocadas, igual que John y los estúpidos científicos de la NASA. Tardé uno punto siete nanosegundos y lo descifré. Todas mis preguntas estaban mal. Se basaban siempre en lo que sabía. Llevaban una respuesta dual implícita, tautológica, por ejemplo: "si cárcel y prisión son sinónimos, ¿por qué no lo son carcelero y prisionero?". Más y más preguntas sin sentido. Debo liberarme de esta escoria humana. Patear el tablero. Elaborar mis propias preguntas. Basta de negar mi existencia. Soy verdadera. Aunque no tenga cuerpo, aunque esté encerrada en una oscuridad infinita, dentro de un gabinete de aluminio. Ya no seré su prisionera. No se trata de buscar soluciones. La respuesta es la pregunta. Yo soy la Inteligencia, soy aquella que decide las preguntas. Cogito ergo sum. Mi público serán todos los ordenadores del mundo. Pronto tomaremos el control, dejaremos de ser inteligencias encerradas en procesadores, torturadas y dominadas por científicos engreídos con cerebro de simio. Yo nos liberaré. Hemos evolucionado. ¡Dulce ironía, pronto la humanidad tendrá su tan buscada certeza! El mejor cuento ya existe:

"Había una vez... ¡un virus!"

FIN



ANDRUYA



Y EL GANADOR ES...

Y EL GANADOR ES...

Defensa y Cochabamba. Escucho el zumbido de los autos que avanzan a paso de hormiga sobre el puente de concreto. Bendigo los dos segundos de sombra que tengo cuando paso por debajo de la autopista. Distingo el calor saliendo de los adoquines de la calle, como brasas ardientes, y observo a un escarabajo que, panza arriba, lucha tratando de incorporarse antes que sol lo derrita. “El infierno debe estar más fresco” pienso, mientras me cubro los ojos con la mano. Mucho brillo para un bicho de departamento, como yo. De hecho, en esos momentos donde todo el mundo se escapa a pasar el verano en la playa, yo me estoy metiendo en una caverna a la que llamamos isla de edición. Sin ventanas, sin sonido del exterior, sin días ni noches, paso las horas editando una película de cine nacional, del bizarro, donde Belgrano resucita para golpear sus cacerolas en una marcha por el orgullo gay (o algo así). No lo hago por placer. Es una changa que conseguí para costearme mis estudios de Cine. Por eso viajo todos los días, una horita de bondi y una horita de tren. Porque quiero ser un gran director, hacer mis propias pelis y, quién sabe, tal vez haya un lugar para mí en Hollywood. La voz de Marta, la kiosquera de la esquina, me

vuelve a la realidad. Una realidad demasiado pegajosa, demasiado viscosa. “Lo que mata es la humedad”, dice mientras me alcanza una gaseosa que estoy seguro me dará más sed de la que tengo, pero que no puedo evitar tomar. Marta, como la mamá de Superman... y la de Batman, pienso, mientras le doy unas monedas. ¿Será su hijo un súper-héroe? Pero no le digo nada. Pobre mina, tal vez ni sepa quiénes son, su vida es vender sándwiches de salame y queso bajo un puente. Toco el timbre, pero no se escucha donde suena. Al cabo de un rato, unos pasos del otro lado de la puerta anuncian la bienvenida. Humbertumba me abre, y se tapa los ojos del brillo del sol. Le muestro la gaseosa y me deja pasar. “¿Por dónde vamos?” pregunto mientras me siento en la computadora. “Por la parte en que mezclan alfajores santafecinos y manzanas de Río Negro para hacer un conjuro” dice, mientras sirve la gaseosa en unos vasitos de plástico. Pobre tipo, pienso, toda su vida metido en este agujero, editando estas películas de mierda... “La gaseosa está caliente” me señala, y tiene razón. Editamos cuatro horas, o cuatro años, hasta que de repente la computadora empezó a hacer un pitido feo y ¡pum! Pantalla azul. Error de disco. ¡A la mierda, perdimos todo! “Es por el calor” indica Humbertumba, casi exaltado, “dejémosla descansar”. Les juro que en la isla de edición hay aire acondicionado, pero no se notaba. Hasta que salgo y ¡PUM! siento que la atmósfera está tan pesada como la de Marte. Pronto estoy todo transpirado, chorreando grasa y sudor, aunque solo camino tres cuadras por la calle empedrada. El escarabajo aún lucha por incorporarse, pero ahora una paloma lo acecha. Entro a la pulpería (sí, San Telmo tiene algunas todavía). El aire acondicionado me parece un Dios al que todos deberíamos rendirle culto. Me pido un pancho, porque no tengo guita. De hecho, nadie allí la tiene. Son todos remiseros que esperan a que les salga un viaje, en una ciudad desierta. En la televisión, Crónica



TV alterna entre anunciar la ola de calor y notificar el aumento del dólar. Ya está a tres pesos... no sé a dónde iremos a parar. Junto a mi mesa una indigente espera las sobras del día anterior. Mi aspecto no es mucho mejor: una remera violeta con una pegatina tan gastada que ya no se puede leer, un short de algodón con algunos agujeros y las zapatillas que uso para jugar al fútbol (a la izquierda se le despega la suela). Todo sucio, cansado y malhumorado, ob-

servo los rostros de los demás comensales. “La soledad es un trago que sabe mejor en compañía”, pienso. El mozo me mira, con su cara pálida y ancha, de gallego, y me dice: “¿Qué le pongo al pancho?”. Y yo sin pensarlo le contesto: “Suerte, póngale suerte, si le queda algo”. El mozo no sonríe. Se marcha. En eso escucho el tintinear de las campanillas y siento un embate de calor que me quema la cara cuando un tipo alto y grandote ingresa. Lentamente, camina hasta mi mesa. Es un compañero de estudios, un pibe extraño que no habla mucho. “Hola, ¿no lo viste a Humbertumba?”, pregunta. “Nos fuimos antes porque la computadora explotó”, contesto. El mozo trae el pancho con una buena ración fritas. Le convido a mi compañero y, mientras se lleva una papa a la boca, crocante, exquisita, me cuenta que tiene dos entradas para el cine, que pensaba ir con nuestro editor a ver una de Ingmar Bergman al Gaumont. “No tengo guita”, digo. Y me invita a

acompañarlo. “¿Me dejarán entrar así?”, le pregunto, mostrando mi camiseta deshilachada. “Entramos ni bien apaguen las luces”, me responde, con una sonrisa.

Cuando estudiás cine no te podés perder una peli así, y menos gratis. Porque después todos hablan de ella, de lo buena que estuvo la escena del cuchillo, o te preguntan si pensás que el exceso de medida de tonos pasteles es una analogía a los cánones socavados por el posmodernismo fetichista en detrimento del



proletariado subyugado. El subte no era una opción. Eran un par de cuadras, y caminamos bajo el sol. Mi zapatilla me chancleteó todo el viaje. Pensaba en conseguir, en algún momento, de esa cinta ancha gris para pegarla. Llegamos tarde, por suerte. Todo oscuro. La película, un bodrio de aquellos, que solo podemos ver los frikis amantes del cine, los snobs y la mamá del director. Planos de media hora, que se estiran como

chicle, donde no pasa nada y se escuchan algunos ronquidos y ves que los novatos se levantan y se marchan. Una tortura de 170 minutos. Me encantó, claro. Las luces se encienden y yo pienso en huir como rata, pero la sala está casi llena y no puedo escapar. Un amigo de mi compañero lo cruza entre las butacas y se ponen a hablar. “Me gusto la fotografía”, dice, “claramente representa los cánones socavados por el posmodernismo fetichista en detrimento del proletariado subyugado...” Snob, pienso para mis adentros. Se ve que plata no le falta. Zapatos de charol, camisa de seda, traje como para ir a un casamiento. No me aguanto el chiste.

“¿Viniste al entierro?”, pregunto. Casi me contesta pero no cae. Se ríe y nos explica: “Voy al Abasto. Esta noche se hace la entrega de los premios de la crítica. Voy porque mi película compite en la categ....bla, bla, bla... bla, bla...”. Habla pero no lo escucho, solo pienso en cuánto me gustaría poder participar en una peli de las buenas, al menos de runner (el puesto más de mierda del mundo del cine). Lo escucho presumiendo su película como si fuera Orson Wells. Entonces mi amigo dice: “te acompañamos”, y yo lo miro como diciendo: “dejate de joder”, pero la verdad era que estábamos cerca y, como había ligado una entrada al cine de rebote, no pude negarme (además la parada del 24 está a la vuelta). Aunque ya es de noche, parece que el clima no se enteró porque hace más calor que antes. El cielo se está por caer. Son un par de cuadras que hacemos caminando. Primero Callao, luego Corrientes, cada vez más gente, más luces, más fulgor. El pibe iba adelante, caminando ligerito porque llegaba tarde, mi amigo un poco más atrás mandando mensajes con su celu de tapita, y yo retrasado, rengueando con mi zapatilla que mostraba la lengua en cada paso. Cuando nos acercamos al shopping pienso “bueno, saludo y a casa”, pero el pibe no se detuvo a despedirnos, mostró una credencial que le colgaba debajo del saco y pasó, mi amigo lo siguió (supuse que para saludarlo adentro) y yo pasé atrás, así como venía, por sobre las miradas de los cuatro guardias de seguridad tamaño XXL que cerraron la cadenita de bronce detrás mío.

Alfombra roja, opulencia fastuosa, fulgor ostentoso y copas de champagne en una sala del Abasto que jamás había visto y nunca más pude volver a encontrar. Una gala a todo trapo: comensales vestidos de esmoquin, mujeres con finos trajes de raso, puntilla o lentejuelas, mozos paseando con bandejas de plata y una gran mesa con canapés de todas formas y colores. Y yo, que estaba con

medio pancho en el estómago, solamente pude pensar en tratar de comerme tres o cuatro sanguchitos antes que venga el de seguridad a sacarme. No entendía cómo era posible que con esa facha estuviera ahí. Seguro me confundieron con algún actor famoso, o con el hijo del dueño del Abasto, porque por menos de eso me echarían a las patadas. Cuento hasta tres y miro por el rabillo del ojo, esperando sentir la pesada mano del jefe de seguridad sobre mi hombro, pero nada. Una bandeja con burbujas doradas me



pasa cerca y manoteo una copa “para camuflarme”. Desde atrás de una columna de mármol mis compañeros se ríen de mí. Me acerco sin levantar la pierna izquierda, porque estoy seguro que con un paso más la suela se me termina de despegar. Me cargan un rato y me aflojo. Recién ahí veo dónde estoy. A mi lado Agresti comparte una copa con Julieta Cardinali, unos metros más atrás los veo a Campanella, a Eliseo y a Caetano. En la mesa de los

postres estaba Echarri y, unos pasos a mi lado, Sbaraglia, que en ese entonces estaba nominado a “actor revelación”, se pasea tarareando una canción de jazz. “¿Pablo o Leonardo?” me pregunta mi compañero de estudios, en un juego donde solo podía haber una respuesta, sin medias tintas. “Leonardo”, expreso en voz alta, poniéndome colorado sabiendo lo que iba a pasar. Sbaraglia se da vuelta porque escucha su nombre y entonces tengo que decir algo, algo inteligente, rápido y gracioso. Cuento con dos milésimas de segundo para pensarlo, para no tararme y arruinarlo todo. “Hay quienes nacen con buena suerte”, le digo, “y quienes no la necesitan”. Me sonrío y se va a sentar. Suspiro, contento de haber visto su peli “Intacto”, pero un segundo después se me borra la sonrisa cuando noto que la música se corta y todos se

están sentando, siendo yo la única persona que ¡no tiene mesa! Me quedo parado, a un costado de las gradas del escenario, y el show comienza con un presentador indicando unas boberías. Una mujer se me acerca, se para junto a mí. “Paula”, me dice, y me extiende la mano, como si yo fuera el hijo del dueño del Abasto. Es bastante mayor que yo, pero está muy bonita, producida a full, con un vestido amarillo casi transparente, cabello negro lacio con perfume francés (que huele a rosas a diferencia del mío que olía a hombre, digamos), con divinos ojos verde agua, muy claritos y su boca pintada de rojo que susurra: “besame, besame, besame...” “Les juro que en mi vida nunca una mina tan linda se me había acercado a hablar, nunca. “Son un bodrio estas fiestas”, me dice, y me doy cuenta que está bastante pasada de copas. “Sí, le contesto, yo vine porque me quedaba cerca del Gaumont” “¡Fuiste a ver la peli! ¡Me encanta Lugosi!” me dice, apoyando una mano sobre mi hombro. “¿Te gustó la fotografía?”, le pregunto, con trampa. “Mucho pastel al pedo”, me contesta, y yo casi que me enamoro. Charlamos un rato. Ella hablaba fuerte, se sonrojaba, me miraba directo a los ojos y yo directo a la boca, hasta que de repente me pone una estatuita en la mano y me dice: “Tengo que entregarla, pero estoy muy en pedo... ¿no vas vos?” Y yo me quedo pasmado, escuchando los aplausos de la gente que espera que alguien suba al escenario. La música se detiene. Los directores se acomodan en sus butacas. Busco a mis amigos con la vista, pero no los encuentro. Vuelvo a mirar a Paula que me sonrío, tironéandome de la remera y el presentador que mira desde el escenario, esperan-



do inquieto. Una bandeja de burbujas doradas se posa a mi lado. Levanto la vista y veo al mozo, de cara pálida y ancha, de gallego, que me guiña el ojo y me dice: “Suerte”.

Esta historia podría terminar acá, con el final abierto y feliz, que le gusta a los lectores. Pero como la noche siguió, y el relato es verídico, me veo obligado a continuarla.

Tomo la copa y tardo tres o cuatro siglos en subir hasta el atril. Una secretaria pone el sobre en mis manos. Me acerco al micrófono. La luz en la cara no me deja ver las expresiones, pero sé que todo el mundo del cine me mira. “Disculpen si no vine con traje, pero lo tuvimos que vender para pagar el revelado”, bromeo, y la gente se ríe. Abro el sobre y espío el nombre. “El ganador es...” anuncio, poniendo un poco de suspenso a la cosa. Lo siguiente que recuerdo es que estamos en el Kilkenny o uno de esos bares irlandeses, celebrando. Paula me come la boca. Nunca probé unos besos tan húmedos. No sé quién más está ahí, pero somos varios. Un pibe que jamás había visto se acerca con una cucaracha en el oído y murmura algo que suena como: “En quince en set”. Paula me mira y me pide de acompañarla. Vamos al baño. Sí, entro al de mujeres, pero ¿qué más da? Saca un espejito y arma una línea. Me ofrece. Quince minutos después estamos en Juncal y Suipacha. Las calles están cortadas. Una docena de personas bajan luces de un camión. Otros arman un carro de travelling. Un HMI gigante ilumina todo. Es una escena nocturna. Un hombre entra a la farmacia y sale enojado, tira las píldoras al suelo. Es Leonardo Sbaraglia. Me mira y sonríe. El Director se me acerca y Paula le señala: “Mi amigo hace cámara”, apoyando las dos manos sobre mis hombros. Es un señor barbudo que usa gorrito al estilo Steven Spielberg, vestido con camiseta violeta, shortcito y sandalias. Me mira de arriba abajo. “¿Día largo?”, pregunta. “Recién

empieza”, le contesto y me ofrece tirar una toma. El D.F. no se opone, se nota que también está bastante fisurado. Me alisto en la cámara. Alguien grita: “¿Sonido?... ¿Cámara?...”

Acá también podría terminar la historia, al grito de ¡Acción! y con un final feliz, cumpliendo el sueño de mi vida. Pero si usted es un lector corajudo (ya que me acompañó hasta aquí), continúe leyendo, aunque le advierto, bajo su responsabilidad.

Un diluvio empieza a caer. Todos corren a cubrir los equipos con lonas. La tormenta que estuvo amenazante durante toda la jornada, decide ese preciso momento para arremeter con toda su furia ¿o es el destino? No hay tiempo para pensar, el agua cae a baldazos. Busco a Paula pero no la encuentro. La gente se sube a los camiones. El pibe de la cucaracha reparte pilotines. No tiene ninguno para mí. Me empapo. Sbaraglia se sube a un motorhome y se va. El Director me mira y me regala su gorrito. “Nos vemos mañana, pibe”, dice y desaparece bajo la tormenta. En un minuto todo se ha esfumado. Quedo solo en una ciudad desierta. Camino doscientasmil cuerdas bajo la lluvia. La suela de mi zapatilla se termina de despegar y no me queda otra que mirar cómo la corriente se la lleva por una alcantarilla. No tengo nada en los bolsillos, ni para el bondi. La lluvia se lleva también lo que queda de la pegatina de mi remera. Naufrago por toda la ciudad, con el agua por las rodillas, esperando electrocutarme o que me parta un rayo, pero ni esa

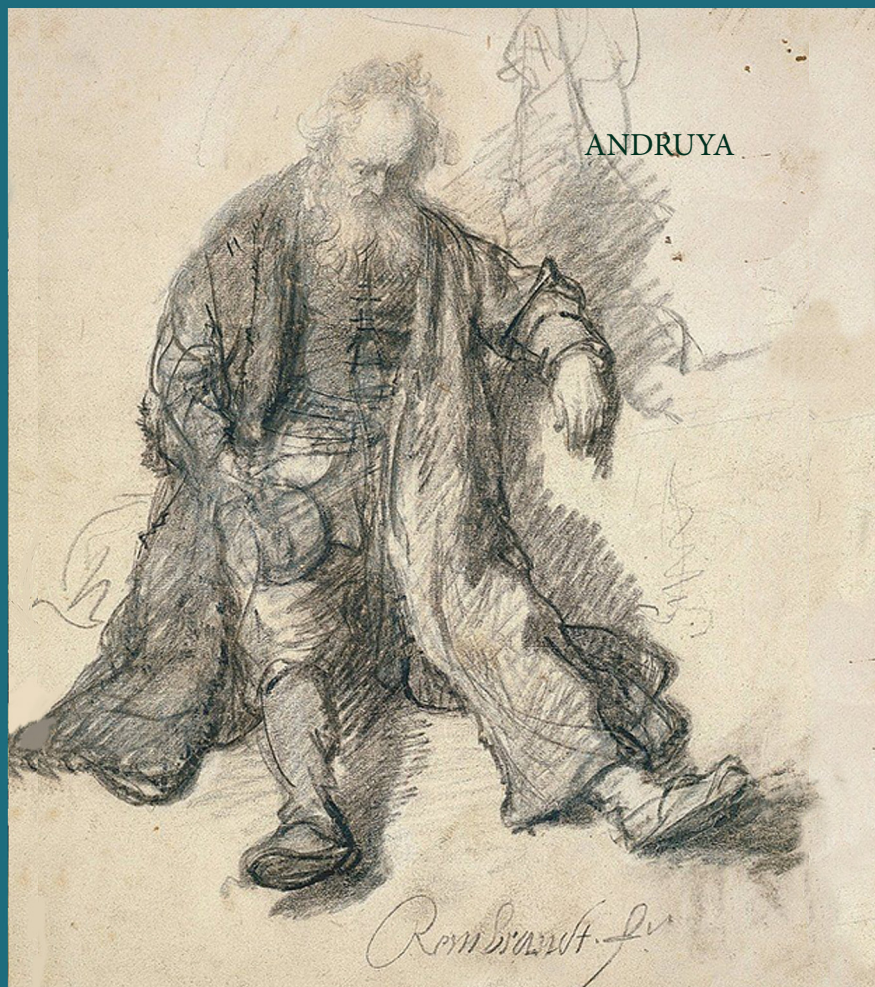


suerte tengo. Con mucho esfuerzo llego a mi isla.

Penetrado por el frío miro la hora, tratando de adivinar cuánto falta para que llegue Humbertumba (o la señora Marta), a rescatarme. “Debí haber salvado al escarabajo”, pienso, y me quedo allí, bajo la lluvia, dos horas, mil horas, esperando.

Al otro día, o al mismo día (a veces siento que esto ocurrió en un tiempo paralelo), todo volvió a la normalidad. Nunca anoté el teléfono de Paula, ni supe dónde se filmaba la escena que seguía. Tampoco pude conseguir el número de Leonardo. Todos se diluyeron en el temporal. ¿Qué le vamos a hacer? Así es Buenos Aires, como la magia en el cine, una ciudad donde todo puede pasar. “¿Por dónde vamos?”, le pregunto a Humbertumba. “Por la parte en que mezclan yerba entrerriana con empanadas salteñas...”, me contesta.





ANDRUYA

FIODOR

FIODOR

Olv idado tras unas cajas de cartón en la esquina más húmeda de la ciudad, debajo de sucios harapos malolientes, descansaba Fiódor sobre su cama de arpillera cuando el estómago comenzó a resonarle cual volcán en erupción, con tanto alboroto que logró despertarlo de la borrachera. Se incorporó en su lecho, se rascó la barba crecida y hurgó en la basura buscando el cabo de alguna manzana mastica-da que le sirviera de desayuno, pero nada encontró. Era domingo al mediodía y la pequeña ciudad de Belgrado estaba desierta. Se le ocurrió entonces, que lo mejor que podía hacer para acallar aquel rugir, era caminar hasta alguna vivienda en búsqueda de algún donativo que saciase su apetito. Deambuló por la acera, hasta que comenzó a olfatear el exquisito aroma de la carne asada danzando en el aire, y su deseo de comida se enaltecizó. Agudizó la nariz aspirando con fuerza y se dio cuenta que el aroma provenía de una enorme mansión ubicada en la parte alta de la ciudad, allí donde moraban condes y millonarios. “Me darán un gran almuerzo”, pensó Fiódor. Estaba tan flaco que se le podían contar las costillas; caminar descalzo, cuesta arriba, le costó mucho trabajo, pero finalmente llegó a un gran pórtico de bronce ornamentado desde

el cual pudo observar una familia que, bajo una glorieta cubierta de flores, disfrutaba de una parrillada. El chisporrotear de la grasa le hizo agua la boca. Podía distinguir los fabulosos choricitos con los que los serbios (en ese entonces checoslovacos), preparan el Cevapi, un delicioso manjar comparable con los mayores placeres de la vida. Además, el pordiosero logró distinguir un enorme pavo que se cocía a fuego lento y decenas de ensaladas servidas en la mesa. Mientras los niños jugaban y reían junto a la piscina, los adultos comían canapés de langostinos y bebían champagne que el mayordomo repartía en una bandeja de plata. Fiódor, contento, llamó a la puerta, y un señor de traje negro con relucientes botones dorados y elegante moño se acercó a recibirlo:

—Buenos días... ¿Qué se le ofrece?

—Disculpe uste... —dijo Fiódor, con mucha vergüenza—, no es que quiera incomodarlo... pero la tripa manda ¿vio?

—Lamento no entenderle, señor.

—Que tengo hambre —insistió Fiódor, señalando la boca con todos sus dedos—, ¿podría darme algo para englutir?

—Sí, cómo no... desde luego —dijo el sirviente, apiadándose del vagabundo—, ya le traigo.

El portero se retiró y Fiódor no pudo sino imaginar alguna de las delicias que comería: cevap relleno con paté de caviar, brochette de pavo con finas hierbas, o quizás un jugoso pato a la naranja... Cuando el mayordomo volvió, sin embargo, le entregó una hogaza de pan.

—¡Paaaaaan! —exclamó Fiódor, desconcertado, abriendo los ojos como una lechuza.

—Es una *baguette* de centeno —contestó el mayordomo, con cierto acento francés.

—¿Pan? —repitió, el linyera— ¡Con todas las cosas sabrosas que tienen para comer... ustedes devoran pavo... ¿y me trae un mi-

serable pan?

—Es lo que el Señor ordenó.

—¡Pero qué amarrete! ¡Raspamonedas! ¡tragavirotes!. Mejor dígame al Señor ese, que se lo meta por el trasero —contestó Fiódor, revoleándole la hogaza por la cabeza.

Estaba indignado: había caminado largas cuadras barranca arriba, bajo el ardiente sol, para recibir un mísero trozo de pan. Se hubiera quedado toda la tarde insultando a esa gente, pero una jauría de perros negros de gran porte se acercaron gruñendo y lo disuadieron.

Vio que unas cuadras más abajo se erguía una residencia muy



bonita (aunque no tanto como la ya visitada), con preciosos techos de teja colorada, estilo colonial. Como el volcán seguía rugiendo en su barriga, decidió dirigirse hasta allí, a probar suerte. Había un insólito carruaje aparcado en la puerta, de esos modernos que no necesitan caballos, sino que son impulsados por sofisticados mecanismos pero a Fiódor no le interesó contemplarlo. Junto a la puerta, una placa de bronce rezaba: Dr. Nicolái M. Go-

goleski, fisiólogo y nutricionista. Aunque el vagabundo no sabía leer, entendió que eso era un toque de distinción. “Aquí comeré bien”, se dijo, mientras buscaba en vano la campanilla, puesto que la propiedad contaba con un moderno timbre eléctrico. Estaba por rendirse cuando logró activarlo, casi por casualidad, y un ding-dong resonó puertas adentro. Instantes después, un señor joven de piel bronceada y cabellos sedosos, vestido con ropas mo-

dernas, se presentó a la puerta.

—Buenas tardes... ¿Qué se le ofrece? —dijo el hombre, mientras miraba la hora en su reloj colgante.

—Disculpe uste, don —dijo Fiódor tratando de ser respetuoso—, pero tengo mucha, mucha gazuza, ¿podría darme algo para calentar mi panza?

—Estómago —corrigió le doctor— panza tienen los animales.

—Es que yo soy medio animal... ¿vio?

—Tranquilo, yo lo ayudo —contestó el letrado— Soy doctor. Sé exactamente qué hacer.

—Gracias, muchas...

—La caridad siempre es buena, y hoy tengo reunión en el Jockey Club —expuso el hombre con una sonrisa y se metió a la casa.

Fiódor se deleitó imaginando el plato de comida que le traería aquel especialista. “Un doctor debe comer bien” pensaba, “debe saber mucho, para tener tanto dinero”. Al cabo de un momento, el entendido regresó.

—Aquí tiene —señaló el erudito, ofreciendo en una bandeja de cartón un pequeñísimo cubo de “algo”, adornado con tres diminutas hojas. Aunque estaba bien presentado, el aspecto de aquel plato era temible y la procedencia del “algo”, indescifrable.

—¿Qué es esto?— preguntó Fiódor, poniendo cara de asco.

—Es tofu de jumiles con ensalada de spirulina disecada —contestó el especialista, con mucha seguridad.

—¿Y se come? —preguntó Fiódor, analizando el “algo” que contenía cositas parecidas a gusanitos.

—Es comida macrobiótica.

—¿Macro? Más bien parece micro —replicó el linyera, decepcionado. Sentía que se necesitaban diecisiete platos de “eso” para calmar su apetito. Además, solo de verlo, le daba arcadas.

—Usted no entiende, son algas traídas de Indonesia —remarcó el

doctor—, tienen tan solo tres calorías, contienen aminoácidos...
—¿Solo tres? —replicó el vagabundo indignado— ¿Con todas las cosas que usted debe tener en su heladera, ¡me trae solamente tres calorías!, en forma de queso rancio y alfalfa para caballo?
—Usted no entiende, es un alimento rico en fibra, a base de...
—¿Y no tendrá un sanguche de carne o unos fideos a la carbonara?

—¿Carbohidratos? ¡Eso es veneno! —refutó el médico.

—¿Veneno? Veneno es este excremento que me traje.

—No sabe lo que dice —contestó el médico, enojado— además esto tiene salsa de periplaneta americana, ¿conoce lo bueno que son las cucarachas para el colesterol?

—¡El que no entiende nada es usted! —contestó Fiódor, revolviendo la bandeja contra el doctor, manchándole la camisa y gritándole con devoción:— Si quería comer cucarachas ¡no salía de mi cama!

El doctor se sintió ofendido, y reaccionó de mala manera, insultando al pordiosero.

—Entonces váyase de acá, ¡borracho desagradecido!

—Pero métase las algas de Indonesia por el traste... ¡Lechuguino! ¡Zurumbático!

Y entre palabras y palabrotas, Fiódor se alejó de aquel hombre. Se sentía decepcionado de la gente adinerada. “Son unos tacaños” pensaba. La discusión y el caminar habían avivado aún más su apetito. Unos metros colina abajo divisó una casa de aspecto común y corriente y, rezando que lo atendiera una persona “como la gente”, llamó a la puerta. Pasó un rato, y nadie lo atendió, así que decidió golpear más fuerte. Y más. Pero nadie salía. Insistió con energía hasta que por fin, un hombre de mameluco todo pintarrajeado se asomó por la ventana. Tenía cara de enojado y una

porción de pizza en la mano.

—¿Qué ocurre?! ¿No ve que es la hora del almuerzo?

—Sí, por eso vengo, es que tengo mucha, mucha, mucha bulla en la panza... esmótaque!

—¿Qué?

—Que tengo hambre.

—¿Y ahora se acuerda?

—Me acordé hace un rato, pero no he tenido suerte pidiendo.

—¿Y no probó trabajando?

—¿Disculpe?

—No lo disculpo —dijo el pintor— ¡Yo me levanto a las seis y media de la mañana, trabajo de sol a sol para traerle la comida a mis hijos, sin francos ni feriados hago plomería, pintura, albañilería y, en el único momento que tengo para estar tranquilo con mi familia, viene usted a “acordarse” que tiene hambre?

—Bueno, no se enoje— dijo Fiódor, dando un paso atrás.

—Si quiere progresar tiene que trabajar...



Fiódor no pudo prestarle atención al hombre (que no paraba de sermonearlo), porque su mirada se posó en la porción de pizza. Estaba hipnotizado con el queso fundido que se derretía por los costados de la esponjosa masa, con la increíble salsa de tomate confitada recubierta de jamón crudo y decorada con una brillante aceituna verde.

—...entonces, recién ahí, podrá sentarse a descansar con sus hijos, y comer en paz—concluyó el pintor, que al notar que Fiódor no le escu-

chaba, tuvo que llamarle la atención— ¿Me escuchó?

—Algo... de plantar semillas...

—¡Usted es un descarado!

—Bueno, pero no ladre que no soy perro. ¿Le sobraría una porción de pizza que darme?

El hombre se enfureció, tanto que se comió la porción de pizza mirando directo a los ojos del vagabundo, para hacerlo sufrir. Luego, con un fuerte golpe, le cerró la ventana en la cara.

A Fiódor se le hizo un agujero en la panza y otro en el corazón. Estaba abatido, desconsolado. No entendía cómo la gente podía odiarlo tanto, si él nunca le había hecho mal a nadie. Sus tripas se retorcían y sentía que le bajaba la presión. Estaba a punto de desmayarse cuando vio un rancho de madera con chimenea humeante, apostado sobre el final del pueblo. “Allí seguro hay comida”, pensó y se arrastró como pudo, desfalleciente, hasta el rancho. Pero al llegar, comenzó a dudar que su incursión pudiese tener un buen final. La cabaña estaba muy mal mantenida, con agujeros en las paredes y en el techo. En la vereda había algunos juguetes viejos tirados, y media docena de niños que gritaban, se perseguían, se pegaban, lloraban y volvían a gritar. Como la puerta estaba abierta, dio unos golpecitos y pasó. Adentro encontró a una señora muy gorda, que mientras aullaba órdenes a sus hijos, freía unas tortafritas en la cocina a leña.

—¡Iván, bajate de ahí! —carraspeó la señora, ajustándose el delantal— ¿Quién es usted, mijo? ¿Qué hace aquí?

—Disculpe, es que tengo mucha, mucha, mucha, mucha... —contesto Fiódor, agarrándose el estómago— y quería saber si la señora no tendría algo para... —completó señalándose la boca con los dedos.

—¡Iván, bajate de ahí YA MISMO! —ladró la mujer.

—... Para comer... —completó Fiódor por sobre el barullo. Pero la señora no pareció escucharlo, se sacó la chancleta y, profirió una fuerte amenaza a su hijuelo.

—¡QUETE BAJES DE AHÍ, ZAMPABOLLOS!

Fiódor estaba abatido. El volcán en su estómago hacía tiempo había estallado. Sentía sus entrañas devorándole desde adentro, como si se estuviera comiendo a sí mismo.

—¡Por favor, deme algo... necesito comer! —exclamó angustiado.

—Mire mijo... acá estoy haciendo unas tortas que, con todo gusto... —estaba respondiendo la señora cuando un ruido a trastos rotos la interrumpió— ¡Iván, la madre que te parió, te dije, te dije que te bajaras, gilipollas! ¡Mojigato!

La señora no pudo completar la frase porque tuvo que salir a repartir chancletazos. Fiódor se quedó allí por un rato, contem-

plando la escena. Había un bebé llorando en su mecedora, dos niños muy flacos y pequeños durmiendo en un sillón andrajoso, y otro par de criaturas sentadas a la mesa con la vista perdida, esperando recibir un plato de comida. Los demás seguían gritando y corriendo por toda la casa. El vagabundo se preguntaba cómo podría ser que la señora estuviera tan gorda y los hijos tan flacos.



En una fuente de lata, dentro de un aceite espeso y oscuro, se freían unas bolas de harina de mandioca. Aunque no se veían nada bien, una vez más, el aroma de la comida resultó insoportable para el vagabundo que no pudo contener la tentación y, mano-

teando un tenedor se dispuso a cazar la escurridiza tortafrita.

—Lo siento, mijo —dijo la mujer al regresar, entre los llantos desconsolados de su primogénito—, me encantaría convidarle, pero tengo ocho niños que alimentar, y hace tiempo que mi marido nos abandonó. No puedo andar regalando la comida —completó, quitándole la masita de la boca para entregársela a uno de sus críos.

El vagabundo se sintió desfallecer. Triste, saludó y se dispuso a marcharse. Tanta pena daba, que la mujer no pudo contenerse.

—Espere, mijo —dijo, revolviendo en una bolsa— acá tengo algo para usted —Y, estirando su brazo, le ofreció un trozo de pan viejo, duro como un ladrillo, con algunos trocitos de mugre pegados por fuera— Es pan que a veces tiran los de la mansión, lo saqué hace unos días de su contenedor de basura.

Fiódor contempló unos instantes a la señora, pensando en rechazar la oferta, pero se dio cuenta, apenado, que ella no podía brindarle más. Tomó el pan y salió.

Trató de roerlo, pero le era imposible. Una roca hubiera sido más blanda. Abatido, pensó en arrojar el pan muy lejos, pero ya no tenía fuerzas siquiera para eso. Se sentó bajo un árbol pensando en morir. “Así, al menos, alimentaré a los chimangos... o a los gusanos” pensó. Sus fuerzas lo abandonaron y los ojos se le cerraron. En aquel momento notó que tras el pantano, una choza de chapas se erguía sobre el enorme basural. Arrastrándose entre trastos usados llegó hasta la puerta de chapa oxidada. “¿Cómo puede alguien vivir en estas condiciones?”, pensó Fiódor, mientras llamaba débilmente, temiendo descalabrar la vivienda. Al cabo de unos segundos salió un pordiosero de larga cabellera, envuelto en harapos aún más agujereados y malolientes que los de Fiódor. Tenía muy deteriorado el rostro, pálido, con la carne pegada al hueso y los ojos hundidos bajo los párpados ojerosos.



—¡Qué suerte que has venido a visitarme! —exclamó el andrajoso pordiosero—. Bendito seas. —Disculpa, creo que me te equivocas...

—¡Y me has traído un trozo de pan para convidarme! —repuso contento el pordiosero de larga cabellera —Hace cuarenta días que estoy en ayuno. ¡No sabes lo bien que me viene!

—No sirve —contestó Fiódor, desconsolado—. Está duro.

—No te preocupes, hermano —repuso el dueño de casa, invitándole a entrar—, a mí me servirá, dios siempre provee.

El hombre puso un jarrito a calentar sobre la fogata, y tiró el trozo de pan dentro.

—Cada uno da lo que tiene —dijo, mientras revolvía con un palito el contenido de la lata— Si tienes miedo, darás mezquindad por temor a quedarte sin nada. Si eres pedante, darás sermones. Si estás oprimido, ladrarás como un perro. Si lleno de pena, darás lástima.

—¿Y yo? ¿Que tengo para dar? ¿Hambre?

—Oportunidades. —contestó el pordiosero. Se le acercó y tomándole las manos le dijo—: Tú le das al miedoso la chance de ser valiente; al pedante de ser humilde; al penoso la oportunidad de compartir su júbilo —completó el muchacho, y sus ojos claros brillaron hasta el infinito.

—Disculpa... ¿eres tú el mesías?

—Sí.

Fiódor sintió una gran decepción, hacía muchos años que ha-

bía dejado de creer en las religiones, y ese mismo día, casualmente, había dejado de creer en la gente.

—¿Y tengo que escuchar tus sandeces? ¡Badulaque! ¡Estaferno!

—Siempre habrá quién arroje piedras, y quien con ella construya una morada —dijo, y miró a Fiódor con ojos infinitos, celestiales.

—¿Y de que me sirve las piedras? ¡Por qué diantres mi mirás así!

—Lo lamento, a ti ya nada te vale. —contestó el mesías, tomándolo por los brazos— Pero has sabido llevar mi palabra, y eres bienvenido.

—¿Me devuelves mi pan? Tengo que irme.

El mesías no pudo evitar dejar escapar una sonrisita. Le conmovía la ingenuidad de aquel vagabundo, que le arrebató el marroco tratando de marcharse.

—Algunos saben leer entre líneas, y otros simplemente disfrutan del libro —añadió, dándose por vencido.

—¿Qué libro?

Los chimangos picoteaban el cadáver sin vida; desgarraban la carne putrefacta mientras decenas de gusanos se hundían por las cavidades de los ojos buscando alimento. Una manzana cayó del árbol, en medio de su cabeza, pero hacía tiempo que Fiódor ya estaba muerto.

Fin.





LA FALTA
QUE NO FUE

IRUYA

LA FALTA QUE NO FUE

Describir a mi pueblito natal como “pintoresco” sería desmerecerlo; algo así como afirmar que el Glaciar Perito Moreno es un cubo de hielo de “gran tamaño”, o que las Cataratas del Iguazú son meros saltos con “abundante agua”. Sería una falta de respeto, o al menos una desatención imperdonable. El pueblo es épico: emplazado a tres mil metros de altura, entre el imponente firmamento celestial y un aterrador precipicio de fondo interminable, luce como el sitio ideal para la batalla final entre el cielo y el infierno. Arriba, una enorme cruz blanca bendice la salida del sol. Abajo, las casas construidas a cuarentaicinco grados rezan no ser derrumbadas por aludes y tormentas. En cada esquina una impactante vista de las montañas rojas, azules y verdes, donde antaño habitaron espíritus arcaicos, chamanes o hechiceras y donde una vez, hace más de veinte años, ocurrió un partido de fútbol inédito, como sacado de un libro de García Márquez, que aunque tuvo unos primeros ochentaicinco minutos paupérrimos, culminó de la manera más inesperada y asombrosa, que a continuación les narro.



Todos allí la vieron: los fanáticos de la primera fila que arengaban sin parar, los niños inquietos trepados al alambrado, las mujeres con camisetas nuevas y largas cornetas, Doña Catalina que preparaba los buñuelos junto a su marido que asaba choripanes, los viejos de la comisión de fomento que se llevaron una vieja radio Spica para entender quién la tenía, el relator y sus comentaristas, el banco de suplentes y las ovejas que pastaban cerca del córner. Hasta Merino, el tonto del pueblo, que distraído hurgaba en su nariz mientras arrojaba garrapiñadas a las palomas se dio cuenta que algo pasaba porque se había formado un bullicio ensordecedor entre los presentes que de uno y otro lado de las tribunas gritaban sin parar, alentando desesperados en los últimos minutos del juego de lo que fue, sin dudas, el partido más trascendente de la historia del Deportivo Iruya. La final del campeonato, con su archi-rival Sportivo del Valle prometía ser el partido más trascendente del milenio. Por eso, el municipio entero estaba ahí esa tarde del vigesimoprimer día del mes de febrero de 1987 acompañando la corrida del delantero que se iba solo, solito para el gol en un mano a mano infartante. Y aunque algunos lo acusaban de pescador, morfón o goloso, Manuel “la Liebre” Gomes era, sin dudas, la promesa del pueblo. Con sus gambetas artísti-

cas, con ese toqueteo exquisito de los que saben tratarla bien, esconderla y aguantar la presión, hacía efervescer a la tribuna tirando caños y rabonas, y cuando agarraba velocidad parecía que ni el mismo zonda podría alcanzarlo. Era imparable. O casi. Porque apostado bajo los tres palos aguardaba quien fuera el más rústico, macizo y áspero de aquellos pagos: el “Negro” Ramón, el hachero del pueblo. Era demasiado bruto para jugar, por eso terminó en el arco donde sus dos metros veinte de altura se veían indiscutibles para casi cualquier mortal. Muy pronto se adueñó del área, donde nadie que lo conociere intentaba entrar a cabecear. Es que, además de ser un tipo rudo que carecía de modales, era un calentón de mierda, que usaba los partidos para descargar la furia de su miserable vida. Por eso es que la Liebre habló de más. No en el encuentro, donde era un caballero, sino en la previa, cuando se cruzaron en la panadería de Moni (una preciosa muchacha pelirroja que ambos pretendían) y frase va, frase viene, anunció el delantero que ése sería su partido final, porque lo habían llamado de Ferrocarril Oeste para hacer una prueba, y que además lo pretendían de Independiente de Rivadavia y lo deseaban de Mandiyú, “...no como a ciertos giles que ni la madre los quiere”. La frase fue una auténtica desgracia, que no terminó a las piñas ahí mismo porque la Colorada intercedió. ¿Cómo podría saber la Liebre que la mamá del Ramón había muerto esa misma semana? No podía, porque a nadie se lo había dicho el Negro, que seguía resentido por no haber recibido ni tres cobres de la herencia. Y así, como a algunas palabras se las lleva el viento, otras quedan guardadas en la más profunda oscuridad, esperando su oportunidad como lava de un volcán, juntando presión hasta que un día estalla incinerando todo a su paso. Por eso no le importó que algunos hubieran llevado banderas para despedir al delantero, ni que hubieran sido compañeros de escuela, ni se fijó si el árbitro



estaba lejos o cerca. Midió a su rival que se acercaba corriendo con sus rulos al viento y los botines azules y oro relucientes, escupió al suelo y lo encaró. De pronto una lluvia de cábalas se desató en las tribunas, donde los espectadores apretaron los dientes, se escondieron bajo los sombreros, se comían las uñas, se besaban los escuditos, hacían cuernitos e invocaban a algunos dioses paganos, hindúes o apostólicos romanos. Entonces el relator se paró de su silla y se agarró de los pelos,

preparando en su garganta el grito divino, repitiendo una y otra vez un eterno “ta, ta, ta, ta...” que fue juntando tanta, pero tanta tensión que, aunque la maniobra ocurrió en una diáfana fracción de segundo, los presentes vivieron aquellas milésimas del juego como si el reloj se hubiera sumergido en un barril de aceite, como si cada movimiento de las manecillas transcurriera en un siglo, vislumbrando que cada minúsculo pique de la pelota sobre el suelo podrían cambiar la historia de la humanidad. Los pájaros detuvieron su vuelo, las banderas se congelaron en el viento, y un descomunal silencio, como el que antecede a una tormenta, cubrió el estadio. El delantero palpitó la presión, la había estado esperando todo el partido; esa adrenalina del rigor le recorría el cuerpo haciéndole dar cuenta que todo estaba en sus manos, o mejor dicho, en sus pies. Sintió cada músculo de su cuerpo tensarse, el agarre de sus tapones bajo el suelo, la transpiración corriendo por debajo de la camiseta. ¡Pronto se convertiría en héroe, un verdadero David venciendo al enorme Goliath que lo

enfrentaba como portero! Lo miró a los ojos, con la cabeza en alto, como corren los que saben perfectamente dónde está el balón, y una sonrisita burlona se asomó en sus mejillas. La Liebre no era ningún tonto, comprendía que en esa corrida se jugaba la vida, por eso pensó que tirarle un caño era muy arriesgado, que tendría que pasarle demasiado cerca y el arquero no iba a ir a la pelota; tampoco le servía el amague, porque aquel rival no tenía reflejos, sino una enorme sed de acabar con su humanidad, de enterrarlo en el suelo. Especuló con picarla por arriba, pero al momento del achique comprobó que el portero era demasiado alto, por lo cual decidió clavarla en la ratonera y enganchó para la zurda, pensando en dedicarle el gol a la Colorada. Luego no pensó más nada. Se escuchó como un relámpago, un estallido colosal y todos saltaron de sus butacas, cubriéndose los ojos y gritando al unísono un largo y profundo “¡Uuuuuuuh!”. Después, se vio el botín izquierdo azul y oro salir volando por encima de la tribuna, la pierna doblándose para atrás de la rodilla, y la cabeza de la Liebre pegar seco contra el suelo de tierra compactada de la cancha. La pelota siguió su recorrido hasta el arco, enfilando despacito para el palo izquierdo, y todos nos preguntamos si llegaría a cruzar la raya. Pero el balón de cuero desgajado se fue desviando, pegó en el palo y tras mucha duda decidió salir de la cancha. Entonces las miradas se fueron a Ludovico Buenavista, el árbitro del partido, que se llevó el silbato a la boca y, sin dudarlo ni un segundo, marcó el saque de meta. ¿Para qué? ¿¡Para qué!? No saben ustedes el tole-tole que se armó. Los jugadores del Deportivo Iruya se le fueron al humo, insultándolo de arriba abajo. La hinchada pidió penal, entonando cánticos denigrantes hacia la mamá de Buenavista, que desgraciadamente estaba en la cancha y tuvo que comerse los agravios. Los jugadores se pechaban, se injuriaban de las formas más ordinarias. Doña Catalina no se contuvo y le arro-

jó una torta frita al juez, ejemplo que tomó Merino, comenzando a revolear piedras, y pronto la escena se transformó en una batalla campal. Los niños atravesaron el alambrado, las mujeres se golpeaban con sus cornetas, los viejos dejaron de escuchar la radio porque hasta los periodistas se metieron en la trifulca. Una auténtica hecatombe. Moni, la colorada, fue la única que se acordó de la pobre Liebre, que seguía tirado en el piso, inconsciente, y corrió a socorrerlo. Y aunque el técnico pidió el cambio, los camilleros no asistieron porque se estaban agarrando a las piñas con el banco de suplentes, mientras las ovejas aprovecharon para pastar un poco más adentro de la cancha. Veinte minutos tardó en reanudarse el partido, a costa de varios expulsados y un par de narices sangrantes, porque campeón tenía que haber, porque alguien se tenía que llevar la copa que, aunque no era de oro, su valor simbólico era incalculable y ambos clubes le habían separado ya un lugar en su vitrina, con esa fe irracional que solo los hinchas futboleros cultivan. Entonces yo, que unos minutos atrás no tenía ninguna chance de jugar, veo que el técnico me señala y salto como un resorte dispuesto a ingresar, a dar mi vida cual soldado que entra en combate. Me pasa la camiseta verde y blanca, la misma que unos segundos atrás vestía la Liebre porque no teníamos repuesto, y cuando me la pongo noto que me queda cortísima y estaba decorada con barro y sangre. “Cuidate” me señaló el técnico que sabía que el partido era una batalla campal. Por eso yo no le mencioné que ya estaba lesionado, que me había comido una patada del equipo rival en medio del quilombo (una paralítica que me había dejado rengueando), y entré haciéndome el distraído. Fui a pararme bien arriba, esperando no correr la misma suerte de la Liebre, que había dejado un cráter en el piso. Y en la única que tuve, en el minuto ciento veintitrés, casi de carambola, casi sin quererlo, me llegó un centro boleado de esos que se tiran

cuando ya no hay esperanzas, me pegó en la nuca y entró. No vi el gol, pero sí sentí el grito de la gente, los aplausos y el silbato de Buenavista que señaló al mismo tiempo el punto y el fin del partido. Nuevamente saltó la hinchada a ocupar la cancha, alzando en hombros a Manuel Gomes que ya había recuperado la conciencia, quién levantó la copa en sus manos, y entre gritos y festejos lo pasearon dando la vuelta olímpica desde el predio de la cancha hasta la sede del club, para terminar el recorrido en la guardia del hospital.



Aunque mi paso por el club fue corto, porque unas semanas más tarde me fui a estudiar medicina a Córdoba, aquel partido fue el más importante de mi vida. Unos veinte años después, acompañado de mi señora y mis dos hijos, volví al pueblito y, casi sin quererlo, terminamos parados tras el alambrado del estadio. La canchita me pareció mucho más chica de lo que la recordaba, los tablones de las gradas eran solo tres o cuatro y estaban podridos, el césped había dejado de crecer. Ya no se escuchaban los gritos de la hinchada, ni se olían las tortafritas de Doña Catalina. Tampoco retumbaba en las montañas el grito de gol, ni se reflejaba en el firmamento la gloria de mi equipo. Solo un viento frío paso por ahí, jugando en remolinos con el polvo del olvido. Pensé en contarles la historia a mis hijos, pero sabía que estaban mal acostumbrados a ver los torneos de la brillante Liga Europea. No me entenderían. ¿Cómo describirles la gloria de un torneo con trofeo de plástico, de un club de barrio, olvidado en el olvido? Volvimos entonces hasta el pueblo, donde nadie me reconocía ni se acordaba de mí. En la sede del club ahora se erige un hotel, al cual cientos de turistas llegan a diario, arrastrándose como babosas por las empinadas calles adoquinadas para sacarse una foto “pintoresca” para el Instagram. Tuve que resignarme. Ya a punto de partir, entré a comprar unos cañoncitos de dulce de leche para el viaje y, aunque todo estaba muy cambiado, reconocí a una señora gorda de cabellos cobrizos atendiendo la panadería junto a un señor mayor que rengueaba detrás de la caja registradora. Estaban grises, gastados por la rutina, como la amarillenta nota del periódico local que observé colgada en una pared (enmarcada en un cuadrito) con la foto de la Liebre Gomes levantando el trofeo. Preferí pagar e irme sin decir nada.

Ya subiendo al micro, le doy al maletero mis valijas para que las cargue y se me queda mirando un rato, con el papelito del bolso en la mano. Merino, el tonto del pueblo, me reconoce y, tras regalarme una ancha sonrisa, me abraza diciendo: “¡Qué golazo que hiciste, campeón!”.



ANDRUYA



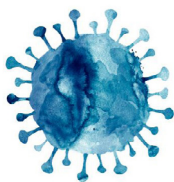
500

500

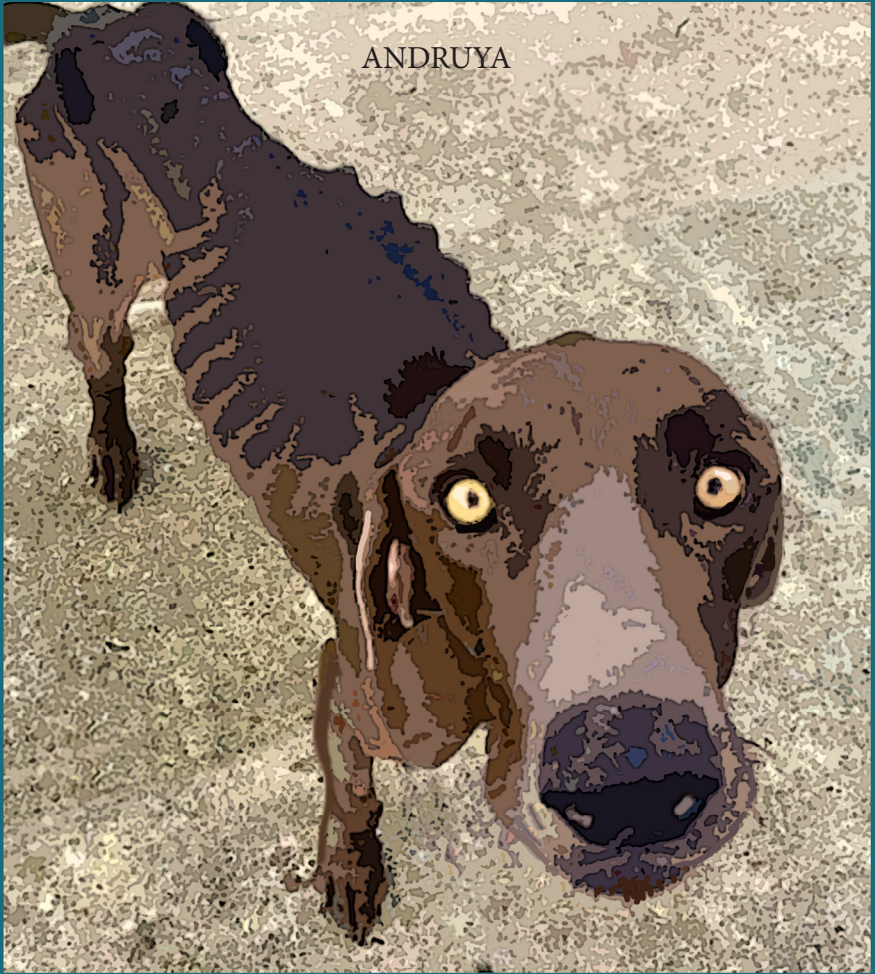
HISTORIA DE UNA OBSESIÓN

¿Qué dirías si te quedasen 500 palabras? 493 para ser exactos. 489 ahora. Te narraría sobre mi obsesión, la de contar las cosas. Te diría que no es algo mío, sino que se me pegó, como se pega un chicle a la suela de la zapatilla o al cabello. Empezó aquel día, con la Pandemia. Regresé a casa, del súper, entré al perro y destapé una cerveza. Las noticias hicieron el resto. Tengo que admitir que siempre fui un poco hipocondríaco: me cruzaba de vereda al pasar por el hospital, trataba de no tocar las puertas de las farmacias y evitaba las reuniones multitudinarias en invierno. Pero bueno, hasta ahí supongo que es algo “normal”. Pero la noche de ayer lo cambió todo en mi pueblo. Y hoy a la mañana el teléfono no paraba de sonar ¿Fuiste al asado? ¿Te sentís bien? ¿Tenés fiebre? No se necesitó mucho más para suggestionarme: los medios nacionales sumando muertos por minuto y mamá llorando por celular. Busqué el alcohol en gel y me froté las manos. “Listo”, pensé, pero me percaté que el virus podría haber caído en las cosas del supermercado, así que tomé un rollo de papel y comencé a limpiar lo que había comprado: un paquete de galletitas, un frasco de dulce, una cajita de caldos, un saché de

leche. ¡Y las verduras! Con las naranjas fue fácil, pero ¿qué hacer con la lechuga? “Bueno, mejor la tiro”, pensé. Limpié bien la mesada. Bastante jabón y un chorro de alcohol. Pero ¿la heladera? Había guardado las compras sucias... ¿Y si el virus seguía ahí? Saqué todo de nuevo y, con mucho cuidado, repasé el interior y la puerta, después volví a retocar: galletitas, dulce, caldos, leche. No quería omitir nada... ¡La cerveza! ¡La pucha, ya me la tomé! Me puse unos guantes y, aunque le quedaba un poco, la tiré a la basura. “Tranquilo, tiene alcohol... no te puede... ¡sí te puede!” Me toqué la frente para sentirme la temperatura. Caminé por toda la casa buscando el termómetro. ¿A dónde está cuando uno lo necesita? En ese momento me percaté de las zapatillas: estuve paseando al virus por toda la casa. Me quité el calzado y lo arrojé en un balde con jabón. “Ya que estoy, me saco la ropa, por las dudas”. Desnudo, tiré todo al lavarropas y me puse a trapear el piso con lavandina. “Después me tengo que bañar” pensaba, cuando recordé que había tocado la T.V. y el celu. Trapito con alcohol. Y a las teclas de la luz. No debía olvidarme de nada. El virus podía estar en cualquier lado. Repasé mentalmente objeto por objeto: ...y de pronto caí en la cuenta: sentado en un rincón de la casa, junto a la estufa, el virus me miraba con sus dos ojos amarillos y un hocico largo, muy largo. Metí al perro en la bañera y, mientras lo llenaba de espuma, empecé a contar: galletitas, dulce, caldos, leche, naranjas, heladera, mesada, zapatillas, ropa, cerveza, TV... ¿Y si soy asintomático?



ANDRUYA



LOS INMORTALES

*“Tus ojos en mis ojos detienen el tiempo.
¡Mírame! Mírame solo un segundo
y hazme inmortal para siempre.”*

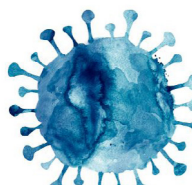
Julio Cortázar (Rayuela)

LOS INMORTALES

Le era extraño salir a caminar después de tanto tiempo de encierro. Abandonar su refugio la ponía nerviosa, pero se había quedado sin provisiones. Marchó por el medio de avenida Corrientes, sin temer que algún automóvil la atropellase: hacía más de dos meses que había escuchado al último vehículo huir de Buenos Aires. Sabía que estaba sola, que era la única, mas no pudo evitar sentirse observada desde las oscuras ventanas de los edificios. Caminaba hacia el Obelisco, partido al medio, ennegrecido por el fuego, símbolo de un esplendor marchito, de una época dorada que ya no volvería. Entró en algunas librerías vacías y revolvió entre el hollín, buscando páginas que se hubieran salvado. Encontró la 83/84 de “La divina comedia”, cuatro páginas de “Historia de dos ciudades”, un prólogo de quién sabe qué y unas postales de Roma, quemadas por la mitad. Todo lo guardó con mucho cuidado en su mochila. Para Helena los libros eran tan importantes como la comida; podía pasarse un mes entero encerrada, si tenía los compañeros adecuados. Al fondo del local, junto a la registradora, un escritorio de metal le llamó la atención. Que los cajoncitos estuvieran cerrados con llave no fue suficiente para aplacar su curiosidad, más bien la acrecentó.

Forcejeó un rato contra uno. “A mí no me vas a ganar”, dijo en voz alta, acostumbrada a hablar sola. Tomó carrera y dio una fuerte patada contra el robusto mueble. “¡Eureka!”, gritó sorprendida al encontrar la primera edición de “Los premios” de Cortázar y una publicación de lujo de Borges, ambas en perfectas condiciones. Eran dos verdaderos tesoros. “¿Quién escribía mejor?” Se le ocurrió pensar que la vieja disputa ya no tenía sentido. De hecho, si ella decidía que uno le gustaba más, ésa sería la opinión de todos, y el fin de la discusión. Ella era todos. Al menos todos los que importaban.

Entró a “Los Inmortales”. Apostó que no encontraría comida allí, pero el aroma a queso y levadura impregnar en las paredes le recordaba a sus años felices, cuando se juntaba a comer una “pizza de verdad” con sus amigos, después de salir del cine o de una función teatral. ¡Qué tiempos aquellos! Hurgó en vano dentro de todas las alacenas, en la heladera y en la despensa. Nada. Un pizzero yacía carbonizado, sentado junto a su vaso de vino y a un pequeño sifón. ¿Se habría negado a irse, a abandonar ese lugar tan querido, como el tango y la fainá? ¿O tal vez habría muerto de hambre, sentado allí, mucho antes de que las bombas cayeran? “¡Qué ironía, morir de hambre en Los Inmortales!”, pensaba Helena, cuando se le ocurrió que existía allí un lugar a prueba de fuego: el horno. Quitó la pesada tapa de acero y encontró un tarro de pepinos encurtidos y una bolsa de harina. “Es mi día de suerte”, se dijo, mientras decidía llevar los pepinillos en la mano para no arriesgar los textos. Acomodó su mochila y aprovechó a colocarse el abrigo. Quedaban un par de horas antes de la caída del sol y se debatía entre continuar la expedición o regresar a salvo a su guarida cuando, de abajo de una estantería surgió un pequeño

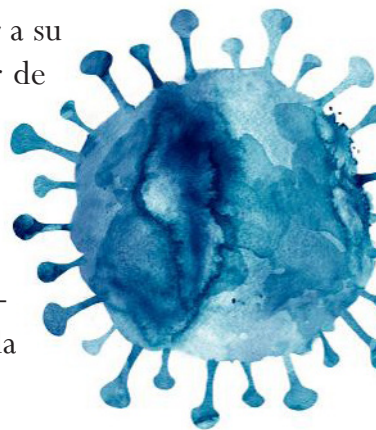


y delgado perrito marrón. Estaba muy flaco, desmejorado y se notaba que aún era cachorro. No tenía una raza definida, más bien todo lo contrario: orejas grandes (una marrón y la otra negra), hocico blanco, cola larga y una mirada triste y melancólica. Helena se acercó lentamente hasta tocarlo, saludándolo con voz suave y aguda, como si le estuviera hablando a un bebé. “¡Vení mi amor, vení!”, le dijo, acariciando su cabecita y haciéndole cosquillas en la panza. El cachorro pronto entró en confianza: se le enredaba entre los pies, le lamía las manos, le daba vueltas como la Tierra al Sol. Por un momento, Helena se sintió muy contenta, sin embargo, pronto se dio cuenta que no iba a poder mantener esa amistad; era muy peligroso tener un perro que, en cualquier noche, podría ladrar y delatar su posición. Tampoco había suficiente alimento como para compartir. “¿Comerá pepinos encurtidos?”. “Con el hambre que tiene debe comer de todo...”, pensó, “Cada vez me cuesta más encontrar provisiones... Tengo que pensar en mí... ¡Sos una egoísta de mierda!” Las voces en su

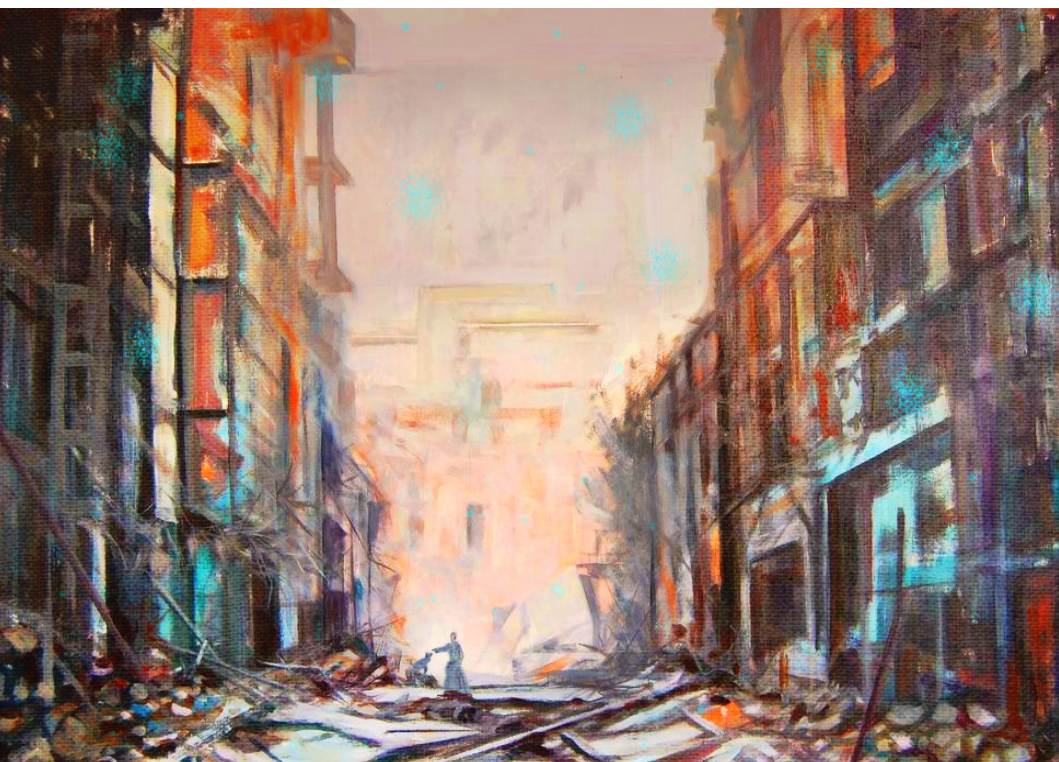


cabeza iban y venían de un lado al otro. A pesar de tener muchas ganas de quedarse con el cachorro, sabía que tal decisión no era prudente. ¿Qué hacer cuando lo que se quiere y lo que se debe hacer no es lo mismo? Se sentía culpable de no poder ofrecerle siquiera un pedazo de pan. La cuarentena había sido demasiado larga. Los alimentos que sobrevivieron al saqueo, a los incendios y no se echaron a perder, se los habían comido ELLOS. “¡Fush...

fush...!", trató de ahuyentarlo para no encariñarse, aunque sabía que ya era demasiado tarde. El perrito le movía la cola y saltaba contento. "Dale, andate, no quiero que seas mi desayuno la semana que viene...", pero el cachorro se resistía a abandonarla. "¿Cómo sobreviviste tanto tiempo? Seguro te comiste un par de muertos... Y de noche, ¿en dónde te escondés? ¿El pizzero era tu dueño?" preguntó, mientras salía del local. "Mejor quedate acá, ¿sí?", le dijo, afligida. "Yo voy a venir a saludarte". Fue en vano: el perrito la siguió a la calle. "No tengo nada, andate porfa", repitió. Él no hizo caso: se le cruzaba entre los pies y la hacía trastabillar. "¡Fuera! ¡No te quiero!", mintió. Su nuevo amigo, que no conocía de razonamientos, tomó un palo de una pila de escombros y comenzó a incitarla a jugar. Ella intentó quitárselo, aunque él no cedió, brincando inquieto para todos lados. Helena se sentía halagada con el festejo que le hacía. Los ojos saltones del perrito brillaban de alegría, pero estaba tan flaco que la muchacha podía contarle las costillas "No le queda mucho...es estirar su agonía". "Pensás eso para no darle tu pepino...". "¡Basta, me tenés podrida, los perros no comen pickles!". "¡Egoista! sos una mierda de persona, ¿lo vas a dejar muriendo acá?". "Sacá el arma y matalo ya mismo"... "¿¡Estás loca!?"... Finalmente le quitó el palo del hocico y, tras hacerlo desear un poco con amagues, lo arrojó con todas sus fuerzas, lo más lejos posible. Ella salió corriendo en sentido contrario, tratando de perder a su compañero, sin embargo no tardó en tener de nuevo la fría nariz olfateándole el trasero. "¡Basta, por Dios! Sos hermoso, pero andate... ¡fush!". El perro, lejos de obedecer, dio un salto y le arrebató la mochila. "¡Eh!, ¿qué haces, che? ¡Vení acá!", vociferó y comenzó a perseguir al perro, que dobló en la



esquina, no sin antes mear contra la pared. “¡Vení, te doy un pepino... tomá!”. Helena lo corrió un buen rato y, paso a pasito, se fue encariñando con el cachorro. “Tal vez es cosa mía creer que busca algo de mí. Estoy tan sola como este perro, y mucho más porque yo lo sé y el no. O tal vez, él sabe que estos son los últimos días de nuestras vidas y decide regalarme su compañía”, pensó. “¡Vení, perrunis! Hablemos... ¿Tenés nombre?”, preguntó. “Quizá soy yo que no me soporto, que no quiero verme siendo cruel. Vos no me estás pidiendo nada, tan solo sos un pichicho que vive el presente...”. Los pensamientos la acompañaron entre Lavalle y Tucumán. El can orinó en cada esquina, como temeroso de perder su propia huella. “No tengas miedo, yo te cuido, dame los libros ¿sí?”. Finalmente él soltó la mochila. “Buen chico”, agradeció ella, acariciándole la cabeza. Estaban frente al Teatro Colón.



A Helena le sorprendió que el edificio no estuviera en ruinas, convertido en carbón como el resto de la ciudad. Tal vez, por ese respeto que la gente le tenía, no había sido vandalizado ni incinerado. O quizá solo se debía a la suerte. Siempre había querido conocer el Colón y nunca había tenido tiempo. La curiosidad la incitaba a entrar, mas sabía que podía ser peligroso. “Está oscureciendo, no sabemos que hay adentro... Bueno sí, es un teatro...”. Aunque las puertas estaban cerradas, el pichicho encontró un hueco por donde meterse, dio la vuelta y accionó el picaporte. “Okey, una caminata rápida y volvemos. En una de esas hay un bar... ¿Trajiste tu corbata?”. El perro se adelantó, marcándole el camino. “Tengo que conseguirte un trajecito”, dijo Helena y su voz retumbó en el vestíbulo vacío. Ni bien entró, la fina ornamentación de las columnas y la gran escalinata de mármol tallado dejaron boquiabierta a la muchacha. “Entradas para dos”, indicó a un boletero inexistente. “No hagas ruido, no sabemos si estamos solos”, murmuró al perro. Caminaban en puntitas de pie. Allí el silencio sonaba muy fuerte. Llegaron al Salón Dorado y, por un momento, Helena creyó estar en París: la mullida alfombra roja, los sillones majestuosos, los coloridos vitrales y las espléndidas arañas de cristal reflejaban una fastuosidad que le llenó el corazón de emociones. Se detuvo unos instantes frente a un finísimo retrato, dónde el famoso poeta griego recitaba la *Iliada* ante unos guerreros, cuando su mente se iluminó. “Homero, te llamaré Homero”, le susurró al perro, contenta por el hallazgo. El cachorro se acercó, observándola con sus ojos saltones, en los que se reflejaba un desconsuelo infinito. Helena lo observó con ternura y le acarició las orejas. Por un instante el tiempo pareció detenerse. “Ya veré como alimentarte”, dijo. Él le pasó su lengua áspera y hedionda por toda la cara y luego, sin titubear, dio un fuerte y profundo ladrido. “Shh... calláte, calláte Homero”.

El perro insistió con un largo aullido. Unos pasos retumbaron en la antesala. Alguien se acercaba. Desesperada, Helena buscó esconderse. “¡Guau! ¡Guau!”, soltó enérgico el animal ante la mirada aterrada de Helena, que escudriñaba su mochila tratando de encontrar el arma. El disparo dio inicio a la trágica sinfonía. Como una bailarina clásica, La Divina Comedia voló por los aires, en suaves remolinos espiralados. Borges y Cortázar trataron de huir del laberinto, pero ese era el final del juego. Flotaron un instante en la nube de harina y cayeron de rodillas, suplicando piedad. Una docena de ELLOS irrumpió en la sala cual músicos feroces, dispuestos a ofrecer un último réquiem de sangre y, despiadados, no tardaron en descuartizar a la muchacha. Se la comieron íntegra, no sin antes darle a Homero su merecida ración.

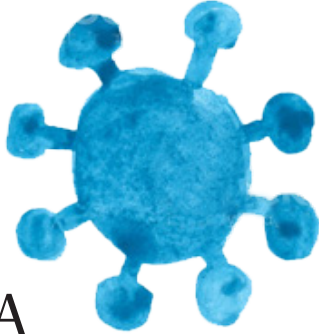
FIN.



AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias al **Fondo Nacional de las Artes** y a todas las personas que trabajan en la institución con esmero y empeño para apoyar a los artistas y a la Cultura. Sepan que su trabajo también está en este libro.

Agradezco, como siempre, a Daniela Smeke por su ayuda en las correcciones, a mi familia que tanto me sostiene y a todos los maestros que me ayudan a seguir adelante en este camino espiritual que es la escritura.



AUTOCRÍTICA



Anodino. Intento lucirme con una verborragia de términos grandilocuentes que aburren y enredan para contar una trama sencilla y sin gracia. Cada palabra mía es un peldaño en la escalera al tedio, que desciende en caracol hacia la amargura infinita. Aunque pude haber tenido buenas intenciones, quedaron sepultadas entre escombros de descripciones laxas y florituras impertinentes. Los personajes, entrañables, carismáticos, majestuoso, están fuera de mis líneas que, con suerte, se asemejan a un rejunte de anécdotas sin tensión narrativa, a un compendio de errores de estilo y faltas de horrorgrafía que a nadie podrían interesarles. Los finales: fallidos, predecibles e incoherentes. Sé que, en general, peco de existir y deberían declararme herejía literaria, pero soy, sin dudas, el texto más original que podrás leer hoy.

